



MARC LEVY

Ella y él

Irresistible, deliciosa y
totalmente imprevisible.
El gran retorno de Marc Levy
a la comedia romántica.

ELLA Y ÉL

MARC LEVY

ELLA Y ÉL

Traducción de
Juan Camargo

 Planeta

EDICIÓN NO VENAL

Extracto

Título original: *Elle et lui*

© Éditions Robert Laffont, S.A., Paris. / Versilio, Paris, 2015
www.marcl Levy.info

© por la traducción, Juan Camargo, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición de la obra completa: abril de 2016

ISBN de la obra completa: 978-84-08-15246-0

Composición: Fotocomposición gama, sl

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

A mi padre.
A mis hijos.
A mi mujer.

*Un día me iré a vivir a la teoría, porque
en la teoría todo va bien...*

La lluvia había calado los tejados y las fachadas, los coches y los autobuses, las aceras y a los peatones. La lluvia no había dejado de caer sobre Londres desde que empezó la primavera. Mia salía de una reunión con su agente.

Creston era de la vieja escuela, de los que dicen siempre la verdad, pero con clase.

Elegante hasta la médula, todo el mundo le respetaba y, a menudo, lo citaban en las cenas por sus comentarios desagradables, aunque nunca hirientes. Mia era su protegida, lo que, en el universo cruel y con frecuencia desconsiderado del cine, equivalía a tener todas las prerrogativas del mundo.

Aquel día, había asistido a un pase privado para ver la nueva película de Mia, y, como en aquellas ocasiones Creston le prohibía que lo acompañara, ella lo había esperado en su despacho.

Creston, después de haberse quitado el impermeable, se había sentado en la silla y no había prolongado el suspense.

—Acción, una pizca de romanticismo, un guion hábilmente construido en torno a una intriga que no se sostiene, pero ¿a quién le importa eso hoy en día? Va a arrasar —le había asegurado.

Mia conocía demasiado bien a Creston como para saber que no se detendría ahí.

Estaba estupenda —había continuado diciendo—, aparecía desnuda con demasiada frecuencia; tendría que estar atento la

próxima vez para que no enseñara el trasero cada tres escenas, velaría por ello, por el bien de su carrera; se encasilla tan rápido a la gente...

—Confíese con sinceridad qué le ha parecido la película, Creston.

—Tu interpretación es perfecta, y tu papel, a pesar de todo, no era moco de pavo. Además no se pueden rodar eternamente películas en las que los personajes pasan el otoño entre dos traiciones, tres adulterios y una taza de té. Es una película de acción, la cámara se mueve mucho, los personajes también... ¿Qué más quieres que te diga?

—¡La verdad, Creston!

—Es una mierda, cariño, una auténtica mierda que venderá un montón de entradas, porque tu marido y tú compartís cartelera. Es un acontecimiento en sí mismo, el único de la película, por otra parte. A la prensa le chiflará vuestra complicidad en la pantalla, le gustará aún más que le robes el protagonismo, y esto no es un cumplido, sino una evidencia.

—En el día a día, él es el protagonista —respondió Mia con una lánguida sonrisa.

Creston se frotó la barba, gesto que en él era muy significativo.

—¿Cómo va lo vuestro?

—La verdad, ya no va.

—Cuidado, Mia, nada de tonterías.

—¿Qué tonterías?

—Me has entendido perfectamente. ¿Tan mal están las cosas?

—El rodaje no nos ha acercado.

—Eso es justo lo que no quiero oír, al menos hasta el estreno. El futuro de esta obra maestra se basa en vuestra pareja, tanto en la pantalla como en la vida real.

—¿Tienes algún guion para mí?

—Tengo algunos.

—Creston, me gustaría irme al extranjero, lejos de Londres y de su mal tiempo. Interpretar un personaje inteligente, sensible. Escuchar cosas que me conmuevan, que me hagan reír, compartir un poco de ternura, incluso en una película muy pequeña.

—Y a mí me gustaría que mi viejo Jaguar no se averiase nunca, pero el mecánico que se ocupa del mantenimiento me llama por mi nombre de pila, cómo decirte. He trabajado mucho para construirte una carrera, tienes un público inmenso en Inglaterra, fans que pagarían por oírte recitar la guía de teléfonos. En el continente empiezan a valorarte en todas partes, tu caché es indecente para los tiempos que corren y, si esta película obtiene el éxito que esperamos, pronto serás la actriz más cotizada de tu generación. Así que debes tener un poco de paciencia, te lo ruego. ¿Estamos de acuerdo? Dentro de unas semanas te van a llover ofertas norteamericanas. Vas a codearte con las grandes estrellas.

—¿Con las grandes gilipollas que sonrían cuando están tristes? Creston se enderezó en la silla y tosió levemente.

—Con ésas y con otras que son felices. Por favor, no quiero ver más esta cara de pena, Mia —añadió alzando la voz—. A tu marido y a ti las entrevistas deberían acercaros. Vais a tener que sonreiros tanto durante la promoción que acabaréis cogiéndole gusto.

Mia dio un paso hacia la estantería, abrió la caja de cigarrillos que se encontraba en una de las baldas y cogió uno.

—Sabes que odio que fumen en mi despacho.

—Entonces ¿por qué conservas esta caja?

—Para las urgencias.

Mia miró fijamente a Creston y volvió a sentarse, con el cigarrillo apagado aún en los labios.

—Creo que me ha puesto los cuernos.

—¿A quién no se los han puesto, de una manera u otra, hoy en día? —respondió él mientras consultaba su correo.

—No tiene gracia.

Creston dejó de leer.

—¿Qué clase de cuernos? —prosiguió—. Quiero decir, ¿ocasionales o ininterrumpidos?

—¿Eso cambia algo?

—Y tú, ¿nunca lo has engañado?

—No. Bueno, una vez, un beso. Mi compañero de reparto besaba bien y yo necesitaba que me besasen. Era por darle veracidad a la escena, no es engañar del todo, ¿verdad?

—La intención es lo que cuenta. ¿En qué película? —preguntó Creston levantando una ceja.

Mia miró por la ventana, y su agente suspiró.

—Bien, admitamos que te engaña. ¿Qué importa eso si ya no os queréis?

—Es él quien ya no me quiere, yo lo quiero.

Creston abrió un cajón, sacó el cenicero y encendió una cerilla. Mia dio una larga calada y el agente se preguntó si era el humo lo que le irritaba los ojos, pero se cuidó de hacerle esa pregunta.

—Él era la estrella y tú, una debutante. Jugó a Pigmalión y la alumna ha superado al maestro. Eso no debe de ser fácil para su ego. Cuidado con la ceniza, le tengo mucho aprecio a mi alfombra.

—No digas eso, no es verdad.

—Por supuesto que sí. No digo que no sea buen actor, pero...

—Pero ¿qué?

—No es el momento, hablaremos de ello más adelante. Tengo otras reuniones.

Creston rodeó el escritorio, le quitó con delicadeza el cigarrillo de las manos a Mia y lo aplastó en el cenicero. La cogió por el hombro y la acompañó hacia la puerta.

—Dentro de poco tendrás papeles en donde quieras, en Nueva York, en Los Ángeles, en Roma. Mientras tanto, no hagas

idioteces. Un mes, es todo lo que te pido; tu futuro depende de ello. ¿Me lo prometes?

Al salir del despacho de Creston, Mia se fue a Oxford Street en taxi. Cuando se ponía triste, y ya le había pasado más de una vez esas últimas semanas, iba a pasear por aquella arteria comercial llena de vida.

Mientras recorría los pasillos de un gran almacén, había intentado contactar con David, pero le saltaba directamente el buzón de voz.

¿Qué estaría haciendo a última hora de la tarde? ¿Dónde había estado los últimos dos días? Dos días y dos noches sin más contacto que un mensaje en el contestador de su apartamento. Un escueto mensaje en el que David le explicaba que se marchaba al campo a reponer fuerzas y que no debía preocuparse. Mia estaba haciendo todo lo contrario.

En el camino de regreso a casa, Mia había decidido retomar las riendas de su vida. Cuando David volviera, quedaba completamente descartado mostrarle que estaba molesta. Permanecería digna, segura de sí misma, no permitiría que se pensase ni por un momento que esta ausencia la había entristecido y, sobre todo, no le haría ninguna pregunta.

Tras recibir la llamada de una amiga que le había suplicado que la acompañase a la inauguración de un restaurante, Mia había decidido ponerse guapa. Ella también era capaz de darle celos a David. Y, además, mejor rodearse de desconocidos que quedarse sola en casa.

El restaurante era inmenso: la música estaba demasiado alta, la sala abarrotada, resultaba imposible hablar con alguien o dar

un paso sin chocar con los demás. «¿Quién es capaz de disfrutar en esta clase de fiestas?», pensó disponiéndose a hacer frente a aquella marea humana.

Los flashes destellaban en la entrada. Ahora entendía por qué su amiga deseaba tanto su compañía. La esperanza de aparecer en las páginas de una revista del corazón. La fugaz sensación de la fama. «Por Dios, David, ¿por qué dejas que me humille viniendo sola a semejantes sitios? Haré que me lo pagues con creces, señor “necesito reponer fuerzas”.»

Sonó su teléfono, un número oculto. A esas horas seguramente sería él. Como para oírle con aquel griterío. «Si fuese una francotiradora profesional, eliminaría al DJ», pensó.

Barrió la sala con la mirada; se encontraba a medio camino entre la entrada y la cocina. La multitud la arrastraba hacia ésta, pero decidió avanzar a contracorriente. Descolgó y gritó:

—¡No cuelgues!

«Para no querer que se te note nada, empiezas bien, tía», pensó.

Se abrió paso, empujó a la creída encaramada a los tacones y al palurdo que la adulaba. Pisó los pies a aquella alta y esquelética que se retorcía como una anguila, pasó junto al guaperas que la examinaba como a una presa, «te lo vas a pasar de miedo, tío, parece tener mucha conversación». Diez pasos ya sólo hasta la puerta.

—¡Sigue al teléfono, David! —«Pero haz el favor de callarte, idiota.»

Con la mirada le suplicó al portero que la ayudase a salir de allí.

Por fin salió afuera, el aire fresco, la calma de la calle. Se alejó de la gente que, apiñada, esperaba para entrar en aquel infierno.

—¿David?

—¿Dónde estás?

—En una fiesta... —«¿Cómo puede tener la desfachatez de hacerme esa pregunta?»

—¿Te estás divirtiendo, amor mío?

«¡Hipócrita!»

—Sí, está bastante animada... —«¿Cómo se te ha ocurrido una cosa así!»—. Y tú —«idiota»—, ¿dónde estás? —«desde hace dos días...».

—De camino a casa. ¿Vuelves pronto?

—Estoy en un taxi... —«Tengo que encontrar un taxi, rápido, un taxi.»

—¿No decías que estabas en una fiesta?

—Estaba yéndome cuando me has llamado.

—Entonces, es probable que llegues antes que yo; si estás cansada, no me esperes despierta, hay atascos incluso a estas horas. ¡Londres se está volviendo absolutamente imposible!

«Eres tú quien se está volviendo imposible. ¿Cómo te atreves a decirme que no te espere? Hace dos días que no hago más que eso, esperarte.»

—Dejaré una luz encendida en la habitación.

—Fantástico. Un beso, hasta ahora.

Una acera brillante, parejas bajo los paraguas...

«Y yo sola como una imbécil. Mañana, con película o sin película, cambio de vida. No, mañana no, ¡esta noche!»

París, al día siguiente.

—¿Por qué siempre es la última llave del manajo la que abre la puerta? —se quejó Mia.

—Porque la vida está mal hecha. De lo contrario, el hueco de la escalera no estaría completamente a oscuras —respondió Daisy mientras, con la ayuda de su teléfono móvil, intentaba iluminar la cerradura.

—Nunca más quiero amar a alguien por la idea que tengo de él, quiero ser correspondida por algo real; quiero presente, sólo presente.

—Y yo quiero un futuro menos incierto —suspiró Daisy—. Entretanto, si no lo consigues, devuélveme las llaves, que ya casi no me queda batería en el móvil.

La última llave del manajo fue, en efecto, la buena. Al entrar en el apartamento, Daisy pulsó el interruptor del recibidor, pero no se encendió ninguna luz.

—Parece que todo el edificio está sin luz.

—Toda mi vida lo está —agregó Mia.

—No exageremos.

—No sé vivir una mentira —continuó Mia con cierto tono dramático, pero Daisy la conocía desde hacía demasiado tiempo como para entrar en aquel jueguito.

—No digas tonterías, eres una actriz fabulosa, por lo tan-

to, una mentirosa profesional... Tengo que tener velas en alguna parte, debería poder dar con ellas si la batería de mi iPhone...

La pantalla del teléfono se apagó.

—¿Y si les dijera a todos que se fuesen a la mierda? —susurró Mia.

—¿Es que no se te va a pasar por la cabeza ayudarme un poco?

—Sí, pero no vemos absolutamente nada.

—¡Me deja más tranquila que te hayas dado cuenta!

Daisy avanzó a tientas. Su mano rozó la mesa. Al rodearla, chocó con una silla, refunfuñó, y llegó hasta la encimera, que estaba justo detrás. Se acercó a los fogones, cogió las cerillas que estaban sobre una repisa y encendió el gas de un quemador.

Un halo azulado iluminó el lugar en donde se encontraba.

Mia se sentó a la mesa.

Daisy rebuscó uno por uno en los cajones. Las velas aromatisadas no tenían cabida en su casa. Su pasión por la gastronomía así lo exigía; nada debía alterar el olor de sus platos. Así como algunos restaurantes colocan en la puerta el cartel de NO SE ADMITE EL PAGO CON TARJETA DE CRÉDITO, ella hubiese escrito de buen grado EN ESTA CASA SE NIEGA EL ACCESO A LAS PERSONAS DEMASIADO PERFUMADAS.

Encontró las velas y las encendió. Surgió un brillo que sacó a la habitación de la oscuridad.

El apartamento de Daisy se resumía, por así decirlo, en la cocina. Era la habitación donde se pasaba la mayor parte del tiempo, más grande por sí sola que los dos pequeños dormitorios contiguos, separados por un cuarto de baño. Sobre la encimera había tarros de barro cocido, apretados unos contra otros, plantas de tomillo, laurel, romero, eneldo, orégano, monarda y pimienta de Espelette. Aquella cocina era el laboratorio de

Daisy, su embriaguez y su válvula de escape. En ella elaboraba sus recetas antes de que la clientela de su pequeño restaurante, situado en lo alto de la colina de Montmartre, a dos pasos de su casa, disfrutase de los nuevos platos.

Daisy no había asistido a clases en ninguna escuela de alta cocina, el oficio le venía de familia y de su tierra natal, la Provenza. De niña, mientras sus compañeros jugaban bajo la sombra de los pinos y los olivares, ella observaba a su madre y aprendía a cocinar igual que ella.

En el jardín que rodeaba la casa había aprendido a seleccionar las hierbas, y, en la cocina, a sazonar con ellas. Cocinar era su vida.

—¿Tienes hambre? —le preguntó a Mia.

—Sí, un poco. Bueno, no lo sé.

Daisy sacó del frigorífico un plato de rebozuelos, un manojo de perejil y arrancó una cabeza de ajo de la ristra que colgaba a su derecha.

—¿El ajo es necesario? —preguntó Mia.

—¿Piensas besar a alguien esta noche? —le replicó Daisy, picando el perejil con un cuchillo—. Mientras cocino, ¿me cuentas lo que ha pasado?

Mia respiró hondo.

—No ha pasado nada.

—Apareces con una bolsa de viaje en la mano justo cuando estoy cerrando el restaurante, con cara de que se te ha hundido el mundo, y no has dejado de quejarte desde entonces. De todo ello deduzco que no has venido a visitarme porque me echases de menos.

—Mi mundo se ha ido a pique.

Daisy dejó de cortar el perejil.

—¡Por favor, Mia! Estoy dispuesta a escucharlo todo, pero sin suspiros ni lloriqueos. Aquí no hay cámaras.

—¿Serías una directora excelente! —le espetó Mia.

—Tal vez. Te escucho.

Y, mientras Daisy cocinaba, Mia lo soltó todo.

Cuando se restableció la electricidad, las dos amigas se sobresaltaron. Daisy usó el regulador para atenuar la luz, luego subió las persianas eléctricas y pudieron disfrutar de la vista de París que les ofrecía su apartamento.

Mia se acercó a la ventana.

—¿Tienes tabaco?

—En la mesa de café. No sé quién se lo ha olvidado ahí.

—Debes de tener muchos amantes si ignoras cuál de ellos se lo ha olvidado en tu casa.

—Si quieres fumar, ¡vete a la terraza!

—¿Vienes conmigo?

—¿Me queda elección si quiero saber cómo sigue?

—¿Y le dejaste la luz de la habitación encendida? —le preguntó Daisy mientras volvía a servirle vino.

—Sí, pero no la del guardarropa. Ahí dejé un taburete en medio del paso para que se diera con él.

—¿Por tener un guardarropa? —le preguntó su amiga—. ¿Y luego?

—Me hice la dormida. Se desvistió en el cuarto de baño, se quedó un buen rato debajo del agua de la ducha y luego vino a acostarse. Esperaba que me murmurase unas palabras y me diese un beso. No debía de haber repuesto las suficientes fuerzas: se quedó dormido.

—Bueno, ¿quieres mi opinión? Te la voy a dar de todas maneras. Te has casado con un cabrón. Lo importante es saber si

sus cualidades hacen que sus defectos sean más atractivos. No, la auténtica cuestión es saber por qué estás enamorada de él si te hace tan infeliz. A menos que estés enamorada de él precisamente por eso, porque te hace infeliz.

—Me hizo muy feliz, al principio.

—¡Eso espero! Si los comienzos fueran feos, los príncipes azules desaparecerían de la literatura y se incluiría a las comedias románticas en la sección de películas de terror. No te me quedes mirando así, Mia. Si quieres saber si te engaña, a quien se lo tienes que preguntar es a él, no a mí. Y deja ese cigarrillo, fumas demasiado. Es tabaco, no amor.

Unas lágrimas corrían por las mejillas de Mia.

Daisy fue a sentarse junto a ella para estrecharla entre sus brazos.

—Llora hasta que no puedas más, llora si eso te calma. Las penas de amor duelen una barbaridad, pero la auténtica infelicidad sería que la vida estuviera vacía.

Mia se había jurado mantener la dignidad en cualquier circunstancia, pero cuando estaba con Daisy era diferente. Una amistad como la suya, que duraba desde hacía tanto tiempo, era más bien como una relación entre hermanas.

—¿Por qué hablas del vacío? —prosiguió mientras se enjugaba las lágrimas.

—¿Ésa es tu forma de preguntarme, por fin, qué tal estoy?

—¿Tú también te sientes sola? ¿Crees que seremos felices algún día?

—Me da la impresión de que no te ha ido mal estos últimos años. Eres una actriz conocida y reconocida, te embolsas por una película lo que yo tardaría una vida entera en ganar, y ni aun así... Y estás casada. Ya has visto el periódico... No tenemos derecho a quejarnos.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Ni idea, pero, si hubiese habido una buena noticia, la gente estaría en las calles celebrándola. ¿Cómo estaban mis rebozuelos?

—Tu cocina es el mejor antidepressivo del mundo.

—¿Por qué te crees que quise hacerme chef de cocina?! Ahora, ¡a la cama! Mañana llamaré al cretino de tu marido, le informaré de que estás al corriente de todo, que ha traicionado a la mujer más genial que existe, y que lo dejas, no por otro, sino por su culpa. Cuando haya colgado, será él quien se sienta infeliz.

—No serás capaz de hacer eso.

—No, vas a hacerlo tú.

—Aunque tenga ganas, no puedo.

—¿Por qué? ¿Quieres regodearte en un melodrama de tres al cuarto?

—Porque compartimos cartelera en una película de gran presupuesto que se estrena dentro de un mes. Me obligan a representar también esa comedia en mi vida privada, un magnífico papel de mujer plenamente realizada, la felicidad completa. Si la gente se enterase de la verdad sobre David y yo, ¿quién creería en la pareja de la pantalla? Los productores no me lo perdonarían, mi agente tampoco. Y, además, soy consciente de que soy una cornuda, pero no me gustaría que me humillaran en público.

—En cualquier caso, hay que ser pero que muy bicho para conseguir interpretar un papel así.

—¿Por qué te crees que estoy aquí? No sería capaz de sostenerlo durante tanto tiempo. Tienes que esconderme en tu casa.

—¿Cuánto tiempo?

—Todo el que me aguantes.